
ALONSO DE OVALLE

De la famosa cordillera de Chile

La cordillera de Chile, que podemos llamar maravilla de la naturaleza, y sin segunda, porque no sé que haya en el mundo cosa que se le parezca, son unos altos montes que corren de norte a sur desde la provincia de Quito y el Nuevo Reino de Granada hasta el de Chile, mil leguas castellanas según Antonio de Herrera, tomo III, década 5; a que añadiéndose lo que se extiende por el mismo Chile hasta el Estrecho de Magallanes serán por todas poco menos de mil quinientas leguas, costeano siempre la tierra, de manera que lo más que en Chile se aparta del mar de veinte a treinta leguas; tiene cuarenta de diámetro, con muchas quebradas y valles intermedios, los cuales, antes de llegar al trópico, son habitables pero no pasando de él, por las perpetuas nieves de que están siempre cubiertos.

Antonio de Herrera, ya citado, pone dos cordilleras, la una más baja, donde se crían espesos bosques y hermosas arboledas, por gozar de aire más templado; la otra más alta, donde por el sumo frío que hay en ella todo el año no se ve un árbol y están los montes pelados sin que se críen en ellos ni plantas ni hierbas. Y añade que así en la una como en la otra se crían varias especies de animales, que por ser de singulares propiedades, referiré aquí algunas.

Entre otras, es notable una cierta especie de puercos, que andan en muchas manadas, los cuales tienen el ombligo en el espinazo. Trae cada manada su capitán, y éste se conoce entre los demás en que cuando marcha, ninguno se le adelanta: él precede a todos y todos le siguen con grande uniformidad; no hay quien se atreva a embestir a una de estas manadas, sino es matando a su capitán, porque mientras ven éste vivo, se unen y apiñan y se muestran tan valerosos en su defensa, que parecen inexpugnables; pero si le ven muerto, se desparraman y huyen dándose por vencidos hasta elegir otro.

El modo que tienen de comer, es también admirable: divídese la manada y la mitad se arrima a ciertos árboles que dicen que hay en los Quixos, provincia de Quito, semejantes a la canela, y estregándose con ellos hacen caer la flor, para que coma la otra mitad de la manada, la cual habiendo comido lo que les basta, va a mudar a la que trabajó

mientras comían, y derriban asimismo la flor, con que pagan a los compañeros con mutua correspondencia su servicio.

Hay muchas diferencias de monos y micos muy desemejantes entre sí en la grandeza, en el color, en el pelo y propiedades de la naturaleza; son unos alegres, otros melancólicos y tristes; silvan éstos, aquellos ronan y chillan, son algunos muy ligeros y otros muy torpes, parte de ellos cobardes y parte animosos y atrevidos; pero en mostrándoles dientes no saben por dónde huir; comen frutas, huevos de pájaros y carne montecina, tienen gran miedo del agua y si aciertan alguna vez a mojarse o enlodarse, se ponen tristes como una noche.

Hay muchos papagayos, cabras monteses, que llaman vicuñas, y tienen una lana tan fina y delicada y de tan suave tacto, como la seda de que se hacen los sombreros, que tanto se estiman en Europa; hay muchos guanacos y carneros que llaman de la tierra, que son a manera de camellos, poco menores, de cuya lana se hacen los cumbes, que se tejen en el Perú, y se estiman más que si fuesen de seda, por la fineza de sus colores y suavidad de su tacto.

Fuera de esto dice el mismo autor, que por estas cordilleras van dos caminos reales en que el rey Inga mostró verdaderamente su gran poder, el uno va por los montes, todo empedrado y corre novecientas leguas desde Pasto a Chile. Tiene el ancho de veinticinco pies y a cada cuatro leguas se veían en él soberbios edificios y ahora se ven los que llaman tambos, que corresponden a las hosterías y posadas, donde se halla lo necesario para refrescarse y para sustento de la vida; y lo que más admira, que a cada media legua se encontraban correos y postas que estaban destinados para que los pasajeros tuviesen comodidad de despachar sus cartas y avisos a quien quisiesen. El otro camino de veinticinco pies también de ancho, corre por los llanos y faldas de los montes con la misma proporción y hermosura, con ventas y palacios a cada cuatro leguas, murados de altas paredes de uno y otro lado, y atravesando por él muy frecuentemente fuentes y arroyos traídos artificialmente para recreo de los caminantes.

Esto es lo que este autor y otros tratan de las cosas de las Indias, cuentan de la cordillera, yo diré ahora lo que sé y he visto en ella. Y lo primero supongo que aunque estas dos que hemos referido corren separadas y distintas la una de la otra por todo el Perú y Quito, deben irse acercando y juntando más y más entre sí, como van subiendo a más altura, porque cuando llegan a Chile, ya no son dos sino una: esto lo experimentan claramente los que atraviesan esta cordillera para ir de Chile a Cuyo, como lo he hecho yo muchas veces, que la he pasado y no he visto esta división, sino continuos y perpetuos montes que de una parte y otra sirven de muros, barbacanas y antemurales al que en me-

dio se levanta sobre todos, y es el que más propiamente se llama cordillera.

También tengo por cierto, que los dos caminos referidos, no pasan los términos de Chile, sino que rematan en los del Perú, si bien he encontrado en los altos pasando esta cordillera muchos paredones de piedra que llaman del Inga, porque dicen fueron alojamientos, si no suyos (porque él nunca llegó a Chile) de sus capitanes y gente de guerra, que enviaba para conquistar este reino, y pudo también ser que se continuasen hasta por allí los dichos caminos, aunque nunca pudo ser que fuesen con la perfección que en la parte de la cordillera que se contiene dentro del trópico, donde por ser más tratables estos montes se pudieron fabricar de la manera que se pintan; pero no en los que se continúan y corren por Chile, por ser tan doblados, tan ásperos y encumbrados, que apenas, y con gran peligro, puede andar una mula por sus senderos, porque esta cordillera es más agria e impenetrable mientras sube a más altura del polo y así parece imposible que hubiese poder humano que abriese por ella camino tan aseado y curioso como se representa.

No tiene necesidad de industria humana, ni que el Inga gastase sus jornales para hacer admirable lo que por su naturaleza los es tanto como esta cordillera en todo lo que se extiende y corre por la jurisdicción y reino de Chile, como se verá discurriendo por menor por algunas de sus partes y propiedades, porque dando por dicho lo que hemos apuntado de su largueza de mil quinientas leguas y cuarenta de diámetro, la hace admirable, lo primero, su inmensa altura.

Esta es tan grande, que gastamos tres o cuatro días en la subida a la cumbre más alta y otros tantos en la bajada; esto es hablando de lo que llamamos cordillera, que si tomamos la corrida de más atrás, podemos decir con verdad que comenzamos a subir desde la orilla del mar, que dista hasta su pie más de cuarenta leguas, porque toda la distancia intermedia es como una prolongada y extendida ladera, a cuya causa corren los ríos con tan gran furia, que algunos parecen canales de molino, particularmente mientras más vecinos a su nacimiento, y cuando se llega a montar lo último y más empinado de la punta, experimentamos un aire tan sutil y delicado que apenas, y con dificultad, basta para la respiración, lo cual obliga a respirar más a prisa y con más fuerza, abriendo la boca más de lo ordinario, como quien va acezando, aplicamos a ella los pañizuelos, o para dar más cuerpo al aire, o para templar su demasiada frialdad y proporcionarle al temperamento que pide el corazón para no ahogarse: así lo he experimentado todas las veces que he pasado esta altísima sierra.

Dice Antonio de Herrera, hablando de ella, que los que la pasan

por el Perú, padecen grandes congojas, arcadas y vómitos, porque no hay cosa que con más fuerza ni más a prisa altere que la mudanza del aire; y como el de este paraje es tan improporcionado a la respiración humana, causa en los que pasan por allí los admirables y penosos efectos que experimentan. Dice más, que los que han querido ahondar en esto, inquiriendo las causas de semejantes efectos, hallan que como aquel lugar es de lo más altos del mundo, viene a ser el aire tan delicado y sutil, que destempla el temperamento del animal y lo descompone, como se ha dicho. Verdad es que en aquella parte de la cordillera del Perú que llaman Pariacaca, deben concurrir otras calidades y disposición del clima a quien se puedan atribuir semejantes efectos, porque si la suma altura de estos montes solamente los causara, también los experimentaríamos los que la pasamos por Chile y aún mayores, por ser por allí mucho mayor altura sin comparación y nunca he padecido semejantes movimientos, no he visto que otros los padezcan, pero sí la dificultad en el resuello, que hemos dicho.

Otros experimentan otras cosas, que varias veces les he oído contar, porque las exhalaciones y demás meteorológicas impresiones que de acá de la tierra vemos tan levantadas en el aire, que algunas veces las juzgamos estrellas, se ven allí por entre los pies de las mulas, espantándolas y chamuscándoles las orejas. Vamos por aquellos montes pisando nubes, y los que tal vez andando por la tierra la vemos sin que se atravesase cosa que nos impida su vista y levantando los ojos al cielo no le vemos por impedirlos las nubes de que está cubierto; al contrario, hallándonos en esta altura se nos cubre la tierra, sin que podamos, divisarla y se nos muestra el cielo despejado y hermoso, el sol claro y resplandeciente, sin estorbo ninguno que nos impida la vista de su luz y belleza.

El arco iris que se ve desde la tierra atravesar el cielo, le vemos desde estas cumbres tendido por el suelo, escabelo de nuestros pies, cuando los que están en él, le contemplan sobre sus cabezas; ni es menos de maravillar que vamos pisando aquellas peñas, enjutas y secas al mismo tiempo que se desgajan las nubes de agua e inundan la tierra, como lo he visto muchas veces que tendiendo la vista hacia abajo, miraba que llovía con gran fuerza; y al mismo tiempo que estaba contemplando desde lejos tempestades deshechas y copiosos aguaceros en la profundidad de los valles y quebradas, levantando los ojos al cielo, admiraba la serenidad que en todo él se veía, sin una nube que turbase el aire, ni pudiese impedir su hermosa vista.

Hace lo segundo admirable esta cordillera la inmensa nieve que cae sobre ella en el invierno, la cual es tanta, que con ser estos montes tan altos y tan dilatados y tener de diámetro cuarenta leguas, no queda

en todos ellos parte ninguna que no se cubran de ella, levantándose en algunas partes muchas lanzas en alto. No sé lo que pasa en lo más alto de la cumbre que más propiamente llamamos cordillera, porque como ésta se encima tanto, que se juzga pasar la esfera de la media región del aire, podrá ser que su punta sola quede como corona descubierta (a lo menos cuando yo la he pasado, que ha sido algunas veces al principio del verano, así la he visto, sin topar en ella una migaja de nieve, cuando poco más abajo, a la subida y bajada, encontraba tanta que atolaban y caían las cabalgaduras sin poder pasar adelante).

Pero lo que he visto muchas veces es que cuando después de algún buen aguacero, que suele durar dos, tres y más días, se descubre esta cordillera (porque todo el tiempo que dura el agua está cubierta de nublados) aparece toda blanca desde su pie hasta las puntas de los primeros y anteriores montes que están delante, y causa una hermosísima vista, porque es el aire de aquel cielo tan puro y limpio, que pasado el temporal, aunque sea en lo más riguroso del invierno, lo despeja de manera que no aparece en él una nube, ni se ve en muchos días, y entonces, rayando el sol en aquella inmensidad de nieves y en aquellas empinadas laderas y blancos costados y cuchillas de tan dilatadas sierras, hacen una vista que aún a los que nacemos allí y estamos acostumbrados a ella, nos admira y da motivos de alabanzas al Creador que tal belleza pudo crear.*

* *Histórica relación del Reino de Chile y de las misiones y ministerios que ejercitan en él*

la Compañía de Jesús. Imprenta Ercilla, Santiago de Chile. Tomo I. Págs. 21-25.